

Revista de Libros

Rosa Montero:
"Ahorá el placer no existe"

Desde su piso en Madrid, la escritora española comparte: "Precisamente, uno de los pequeños paraísos terrenales que me permito es el de reunir una cuantas semanas libros de compromisos y encerrarme en un refugio secreto en donde no hago nada más que pasear a mis perros, gimnasia, escribir y leer, sin ver a nadie durante todo ese tiempo. O sea, exactamente lo mismo que en el confinamiento. Y eso me encanta. Pero ahora el placer no existe, y no ya porque el encierro sea obligatorio, sino porque hasta ti llega el ruido del mundo, el dolor y la preocupación y la angustia, la sensación de indefensión, el miedo ante lo que nos espera. Questa muchu concentrarse. Para mí, los primeros días fue difícilísimo. Luego conseguí metarme en una novela que estaba terminando y, de hecho, la he acabado. Voy adaptándome pero ha sido difícilísimo".



Óscar Hahn:

"En ningún momento he intentado escribir versos"

"Debo reconocer que a mí los encierros no me afectan mucho, a pesar de que vivo solo. Siempre he sido una persona de interiores. Paso mucho más tiempo dentro de mi casa que afuera. Pero una cosa es salir o no salir por decisión de uno, y otra es hacerlo por obligación. Después de estar encerrado algunos días, empecé a aburrirme y a deprimirme. Poco antes de que empezara la cuarentena, había terminado un libro de ensayos sobre narrativa hispanoamericana. Eso es lo que yo creía, pero hace poco empecé a surgir nuevos temas. De inmediato me puse a investigar en internet. Convertirme en detective literario siempre me ha entretenido. Y también la escritura misma de los textos. Sin embargo, y aunque mi actividad principal es la de poeta, en ningún momento he intentado escribir versos. Sé que mis poemas no son el fruto de una decisión consciente y por eso no trato de hacerlos salir a la fuerza. Con los ensayos es distinto. Lo único que necesito es elegir un tema que me estimule a escribir, y ya. De lo que estoy seguro es que, sin la cuarentena, mi libro sobre narrativa habría tenido cientos de páginas", afirma el Premio Nacional de Literatura 2012, recluso en su departamento de Las Condes.



Rafael Gumucio:
Cocinar y escribir

El escritor y columnista se trasladó a Nueva York con su familia, en febrero. Desde allí, cuenta: "Después de dos semanas en que me sentí bloqueado y desesperado, de a poco me puse a trabajar. No sé si la creatividad se me ha estimulado, porque hace años que trabajo sobre temas que de repente dan cabida a material nuevo que no sé cuándo escribir. Pero sí sé que en lo único en que he podido concentrarme es en cocinar y escribir. Las dos cosas se parecen porque me obligan a una serie de procesos que tienen que venir uno detrás de otro: en los que debo concentrarme pero no del todo. Mientras frío la cebolla o termino un cuento, me puedo preocupar de prender el horno y poner la carne adentro. Mientras imagino que hacer con los champiñones que sobaron de ancho, mido el nivel de las papas. Así escribo a la vez un libro de cuentos (el primero de mi 'carrera'), una novela, un guion y las obras en zoom. Me ayuda no tener plato ni competencia. No escribo a favor o en contra de nadie, escribo porque instintivamente sé que escribir es mi forma de sobrevivir, así que ante la llegada de la peste solo me dedico de manera completamente animal a sobrevivir".

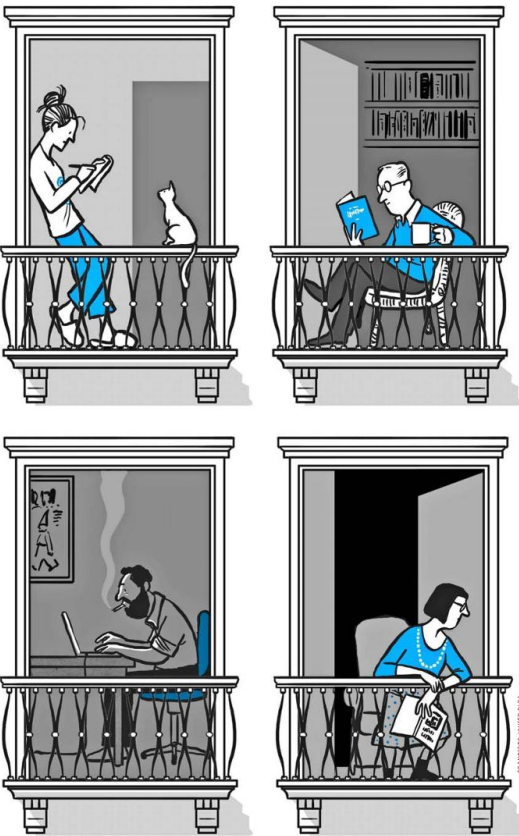


EMERGENCIA MUNDIAL | Las reglas del covid-19

Escribir en cuarentena: Cuando la reclusión es un imperativo

Uno de los oficios más solitarios es, sin duda, el del escritor, cualquiera sea su estilo. Tanto los que se nutren de los libros como aquellos que encuentran su inspiración y sus temas puertas afuera, en la vida misma, hay un momento en el que todos necesitan estar solos para plasmar lo que bulle dentro de su ser. Pero, ¿qué pasa cuando esa soledad no es voluntaria y se da en un contexto de emergencia? ¿Estimula o inhibe la creación? ¿Cómo lo viven poetas y narradores, chilenos y extranjeros?

MARÍA TERESA CÁRDENAS M.



Alonso Cueto: Tiempo de revelaciones y descubrimientos

El escritor peruano responde desde su hogar en Lima: "Este es un tiempo de revelaciones y de descubrimientos. Nuestra casa es por unos días el comienzo y el fin del mundo. Varios de un lado a otro y descubrimos libros que ignorábamos tener, fotos que se habían escondido en el rincón de un armario, cartas que se deslizan de un cajón. La palabra 'revelaciones', de origen latino, significa descubrir el velo. Lo habitual que hasta hace unas semanas nos definía se ha convertido en un escenario de lo excepcional. Ahora lo excepcional es lo cotidiano, pues todo resulta extraño. Voy al parque al lado de mi casa y me pongo a mirar los árboles, una extraña ocupación que sin embargo debía haber practicado antes. Miro la calle donde vivo, el

cuarto donde duermo, a mi mujer y a mi hijo con los que ahora comparto todos los momentos del día. También tengo más tiempo de darme cuenta de mí mismo en relación con los demás. Todo parece extraño y parece que nos hubiéramos apartado del mundo para mirarlo de nuevo. Escribir sobre lo que pasa es difícil porque uno necesita una distancia. Tal vez podamos hacerlo en algún futuro distante. Uno no puede escribir sobre lo que está ocurriendo sobre nosotros. La pandemia me da energías para huir de ella escribiendo una novela histórica y preparando mis clases, pero la cuarentena me impone una acción única. Es un virus que a la naturaleza nos ha mandado para que nos detengamos a mirar a nuestro alrededor. Una experiencia renovadora".



Rafael Rubio:

"La reclusión permite tomar conciencia de la libertad"

"Escribir es de por sí un ejercicio solitario, y solidario. Los poetas ejercemos nuestro oficio prescindiendo del contacto con los demás y a veces prescindiendo momentáneamente del contacto con la realidad. La soledad y la introspección son condiciones fundamentales de todo acto de creación verbal. El poeta es un sujeto al que —valga la paradoja— le cuesta escribir. Al que le cuesta vivir, al que le cuesta habitar. Y entonces, atemorizado ante la amenaza de que se le exija hacerlo, prefiere recluirse a ejercer el trabajo más inútil de todos. Y eso es lo que he hecho. Recluírme, confinarme, sepultarme en vida. No tanto. Pero ahora resulta que aunque hubiese poetas gregarios y filántropos (dudo que los haya) estarían obligados a la confinación. A los que siempre hemos sido misántropos y solitarios no nos afecta tanto, aunque sí nos afecta. Durante este confinamiento he pasado por todos los trances de una bipolaridad bien llevada: me he jurado y jurado dejar de escribir. Y también he llegado a genuinos momentos de revelación, de amor absoluto por la poesía. Solo la reclusión permite tomar conciencia de la libertad. Estar a solas con el poema es algo así como examinar un espejo con un telescopio. Es verse a sí mismo, pero en las palabras, con las palabras y para las palabras. El encierro al que se nos ha destinado ha logrado provocar en nosotros la ilusión de una libertad. Que no existe, que nunca llegará", confiesa el autor de *Viernes Santo*, desde San Miguel, "la comuna de los Prisioneros e Inti Illimani", puntualiza.



Diamela Eltit:

"Un telón negro empaña o acompaña el oficio de escribir"

Desde su hogar en Ñuñoa, la ganadora del Premio Nacional de Literatura 2018 reflexiona: "Las personas que escribimos y leemos tenemos una mayor tolerancia a la soledad o a adaptarnos a formas de confinamientos. Pero ahora el tiempo funciona de una manera distinta, muestra una fina discordancia porque aplana los días de manera extrema e intensifica la noche. La enfermedad y la muerte están agazapadas debajo de las camas, debido al bombardeo mediático que amplifica el virus hasta diluir cualquier gesto como no sea el lavado de manos. Con jabón. Se puede o no se puede escribir en estos días rígidos. Pero ya sabemos que las ficciones, ensayos o bien obras teatrales en torno a la pandemia, se precipitarán. Pero en este tiempo fuera de tiempo no se puede obviar la angustia que invade a los enfermos o a los familiares de los muertos o el drama chileno de las comunas que concentran altos niveles de hacinamiento y pobreza. El virus visibiliza un escenario antes reprimido: la carencia chilena tan extendida, los cuarenta metros por familia, el día a día de los vendedores callejeros, el número de camas críticas en Punta Arenas. Es un tráfago, un telón negro que empaña o acompaña el oficio de escribir. Existe una alarmante cesantía en la comunidad cultural. La lamentable muerte del escritor Luis Sepúlveda profundiza la pena".



Sergio Missana:

"Hemos llegado al fin de una época"

Radicado en Washington, Connecticut, el escritor chileno y director ejecutivo de la ONG Climate Parliament, reflexiona: "El proceso creativo opera muchas veces como una pantalla protectora que escuda de los aspectos más rutinarios de la vida. Uno se adentra en un espacio que llega a resaltar más real que el mundo tangible. Ese proceso no es lineal y depende más del estado de avance de cada proyecto que de circunstancias externas. Doris Lessing sostuvo que al escribir uno abre un espacio para escuchar. Ahora, a pesar del encierro físico, es difícil distraerse del afuera, de las noticias. En lo personal, llevo un tiempo trabajando en un ensayo sobre la relación entre las humanidades y la crisis climática, que probablemente voy a reelaborar. Por eso, los temas que me rondan son cercanos a lo que ocurre afuera. Estamos en una situación de espera, de latencia; sabemos que hemos llegado al fin de una época y un orden distinto va a emerger en las próximas décadas, el que no acaba de manifestarse. Se ha dicho que es más fácil imaginar el fin del mundo que el fin del capitalismo. Creo que el futuro postcapitalista va a surgir, no por la capacidad del capitalismo de repensarse a sí mismo, sino forzado por factores externos, probablemente asociados al clima. Se puede considerar la pandemia como una especie de ensayo general de lo que viene. Y el encierro —creativo o no— como una variante de esa espera".



Arresto domiciliario

por Jorge Volpi

Frente a la enfermedad, el encierro. Desde la antigüedad sabemos que el mayor peligro durante una epidemia somos nosotros mismos. Mucho antes de que descubriésemos el aviso poder de los virus, ya habíamos aprendido a aislarnos unos de otros. De la plaga de Atenas reportada por Tucídides a la gripe española, pasando por la peste negra, el remedio ha sido el mismo: el encierro en la propia casa y, de ser posible, en la propia habitación. Para romper la cadena de contagio se impone quebrar justo esa compleja red de vínculos que nos convierte en humanos. No existe medida más extrema: a encerrarnos solo con nuestras personas cercanas —y desconocer de los extraños—, erosionamos los vínculos comunitarios, derrumamos nuestras instituciones económicas y políticas, y nos introducimos en un limbo cercano a la an-

mación suspendida. Nos volvemos un paréntesis. La ansiedad se exagera con una incertidumbre que no soportan ni los presos: ¿Cuándo terminará esto? O: ¿saldrémos vivos y nuestros familiares saldrán vivos? Sin duda, la cuarentena puede inspirar el *Decamerón*, el rey Lear o las leyes de la gravedad, pero por lo general provoca que la vida se parezca a un remedio de vida. Nuestra insólita capacidad de adaptación nos permite que, en el interior de nuestras celdas, organicemos una agenda diaria, repartamos las horas como señores feudales, anhelamos el futuro y nos convenzamos de que el agónico contacto virtual con el mundo es mundo, pero nada de ello nos arrancará del arresto domiciliario. Foucault, cuyas ideas sobre la vigilancia, el control y el biopoder tanto han renacido en estos

días, de seguro se habría rebelado, a riesgo de su propia vida, contra el aislamiento decretado por el poder médico y sus inconsecuentes aliados políticos. En México, cada noche a las 7 escuchamos la orden médica, quédate en casa, cuya contravención se convierte en falta administrativa o delito en otras latitudes. Desde que se inició la pandemia de covid-19, hemos regresado al Medievo. Ante un patógeno frente al cual no tenemos defensas naturales no queda, otra vez, sino el encierro, solo que ahora no lo aliamos voluntariamente un cuento cada día, sino con los mil cuentos de la red, la radio o la tele. Parecería que, tras miles de enfrentamientos a las enfermedades contagiosas, no hemos avanzado nada. Si pudiésemos vernos desde el futuro, como ahora miramos a los supervivientes de la peste, el juicio sobre

nuestra respuesta a la pandemia de covid-19 de 2020 debería ser mucho más severo. Aunque se nos diga que esto era inimaginable, en realidad las sociedades más desarrolladas de la historia son responsables del desastre que hoy experimentamos. En primer lugar, porque también somos las sociedades más desiguales de la historia, lo cual provoca que el encierro no sea equivalente para todos. Cada año mueren 9 millones de personas por hambre o enfermedades asociadas con el hambre, aunque se trata de 9 millones que a nadie le importan. Si cerramos el planeta entero por el covid-19 es porque afecta, en cambio, a las élites. Elites dispuestas a encerrarse a cal y canto en sus hogares mientras —igual que en la Edad Media— millones de desafortunados mantienen la producción y el abasto de

bienes y servicios indispensables para sobrevivir cómodamente al arresto. Para colmo, no nos encerramos para controlar la pandemia, sino para evitar que nuestros destaralados sistemas de salud colapsen. Sistemas de salud que hemos derruido o abandonado desde hace décadas y cuyas fallas dañarán sobre todo a los más pobres. Por arduo que nos sea, nosotros podemos inventarnos mundos alternos en nuestros departamentos, casas o palacios, dedicándonos incluso a redactar apasionantes diarios del encierro, mientras los más desafortunados siguen allí afuera, cosechando o trabajando en fábricas de ventiladores o mascarillas o llevándonos viandas gourmet o paquetes a domicilio. Si el encierro es el infierno, en sociedades tan equitativas como México o el resto de América Latina también es un privilegio.